



# BABILONIA REVISITADA

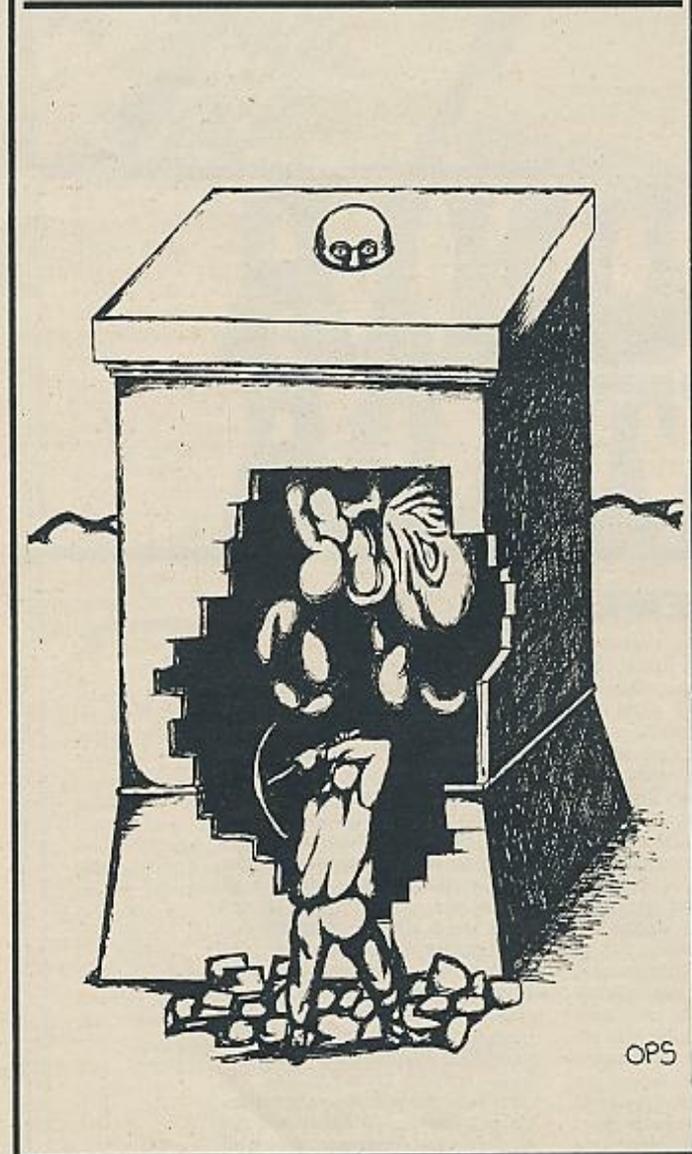
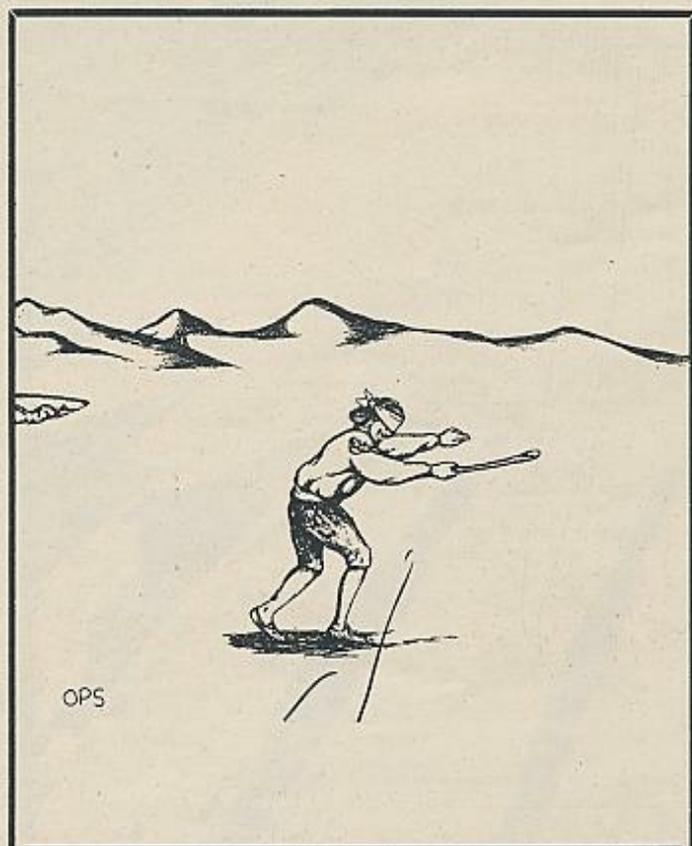
JUAN BENET

**E**SO sí, siempre será posible reanudar la conversación en el mismo o parecido «speakeasy» del Village —una charla sobre la generación rota o la nueva izquierda— o saborear un «expresso» desde una de las terrazas de Ghirardelli contemplando de que manera sutil y domoñada —como si el propio movimiento fuera una pieza de museo, atenta y generosamente conservada para reproducir todo el sabor de época— cabecean los tres palos negros del «Thayer» en su ya indefinida reclusión. Existe una admiración, de carácter casi orgánico, ante el espectáculo insólito que apenas tiene parecido con aquella otra provocada por la perfección y la belleza en un ánimo acostumbrado a la imperfección y la vulgaridad. En aquella

queda suspendido el juicio, nadie acierta a saber exponerlo —si es que el juicio tiene algo que hacer en esa experiencia novicia— la primera vez que se enfrenta con el haz de rascacielos negros de Park Avenue. Pero por lo mismo, la costumbre lo anula, y, a diferencia de la relectura o de la reiterada y nunca concluida contemplación de la fachada horizontal, a la cuarta o quinta vez nadie vuelve hacia arriba los ojos al cruzar la avenida por la calle 44. Cabe decirlo con bastante propiedad, es un espectáculo de una vez... casi de una sola vez, porque, ¿quién sube dos veces a la torre Eiffel o al Empire State? ¿Quién, por curiosidad turística, hace dos veces el viaje al Gran Cañón? Y me repetía para mis adentros qué poco tienen de común con los europeos esos

grandes focos americanos de atracción turística. De tal manera a la sorpresa sucede la indiferencia, que a la postre sólo acompañan al viajero como una obligación cumplida, un precepto pascual y, a lo más, un título de suficiencia para poder presentarse en los salones como algo más que un recalitrante patán.

La razón por la que, a la segunda vez, América no fascina debe tener algún parentesco con esa instintiva admiración que una vez satisfecha no deja poso. Bien es verdad que esas dos torres de color minio del Golden Gate, con su silueta oriental que parece un involuntario pero obligado tributo al continente del otro lado del océano, sobresaliendo por encima de las nubes que ocultan San Francisco, constituirán siempre el mejor homenaje



a un esfuerzo que prevalecerá más allá de la futura y ecuménica catástrofe, pero, repito, ¿quién va dos veces hasta el mirador para rendir ese homenaje? Porque si no se llega hasta el mirador, o si el avión no lo sobrevuela, o si no, compra la tarjeta postal... no hay la menor posibilidad de ver el Golden Gate. Y tanto menos cuanto más intente uno acercarse al puente.

Es posible que a la segunda vez, si bien no fascine, al menos guste América. Es cuando el degustador empieza a hablar de la verdadera América, de los detalles que pasan inadvertidos, de las virtudes cívicas, del «american way of life», de la intimidad, cultura y «cosiness» que encierra la gran República, y del poder de atracción de que gozan sus pequeñas cosas, sus seculares y nada ficticias tradiciones, una vez pasada la ofuscación por su enorme potencial. Y en virtud de ello se mantendrá hasta la madrugada una conversación en un barucho del Village, de la misma manera que la morganática combinación entre un insultante e incuestionable poderío y un entrañable, honesto y cívico «way of life» constituirán el espinazo del modelo americano, en tanto que no única, pero sí óptima solución para los problemas del ciudadano moderno.

El mejor legado de aquella ideológica República era ése: el modelo del ciudadano y el incansable esfuerzo del Estado por mantenerse en la avanzada del progreso. Ni siquiera la eficacia, como última demostración luterana de la probidad, podía compararse en términos sociales con aquel mismo espíritu que alentaba tanto la constitución, como la convivencia con los otros estados, como la vida cotidiana, como el clima hogareño. Y no en balde Hegel había pensado en América como país del futuro, no por razones ecológicas ni por los grandes dones con que la había adornado la Naturaleza, sino por ser el primer pueblo que había decidido constituirse en Estado —sin determinaciones naturales, geográficas o étnicas— en virtud de un gesto soberano del espíritu, trascendiendo el terreno de la necesidad. Cuando en uno de sus domesticados cabeceos un costado del «Thayer» oprime las defensas del muelle al que se halla indefinidamente amarrado, toda la bodega de la goleta es recorrida por el melancólico crujido —como el lamento de un perro que encerrado en un corral no se atreve a ladrar— de un espíritu que, lamentándose de verse convertido en museo, quiere apercebir al visitante de que aún queda un rescoldo de aquella voluntad que lo construyó con un fin muy distinto. Y bien, también el mismo museo que ha pagado por el retrato de Pareja la mayor cifra de la historia de las transac-

ciones artísticas, en una gran pancarta a la entrada solicita del visitante que, aun cuando constitucionalmente su entrada es gratuita, será bien recibida una limosna para sufragar los gastos de mantenimiento, y sugiere la cifra: los menores, 50 cents; los adultos, un dólar, al cambio del cual se le entrega al visitante un minúsculo emblema de latón —con el cual puede visitar «todas» las dependencias— que a la salida debe depositar en una urna para no consumir inútiles dispendios.

Se diría que una hemiplejía ha dejado paralizada media cara de América; que el orgullo, la riqueza y la confianza siguen animando el brillo de un ojo mientras el otro se abisma en el sombrío augurio de su muscular inmovilización; que una mano entrega millones de dólares por un lienzo mientras la otra, por detrás, mendiga un dólar por contemplarlo.

¿Y la calle? Hace años, mis amigos se mostraron dispuestos a darme un paseo por Harlem, a condición de no descender del coche ni bajar las ventanillas. Y lo hicimos, e incluso bajamos del coche para entrar en una farmacia después del crepúsculo. Ahora ni siquiera eso; más allá de la calle 110 ninguno había estado en los últimos tres años. Y en cuanto a la gente de color... se llega a pensar que cierta libertad de acceso y movimientos no ha servido más que para desennascarar el mutuo rencor; la ley parece bien poca cosa frente a unos sentimientos que —cuando los deseos se tornan reivindicaciones y éstas son satisfechas— sólo aspiran a la equidad para hacer equivalente el resentimiento.

Probablemente exagero si digo que la decadencia de América ha comenzado, pero por doquier hay un cierto tuflido inconfundible. Esa hiperbólica y extempórea nostalgia de la «era Eisenhower» que se puede percibir hasta en las vitrinas de los joyeros, ¿no indica hasta qué punto añoran una época en la que, además de ser incontestables, sentían que había caído sobre ellos una misión universal? Y después de tantas extravagantes afirmaciones acerca del desinterés con que habían aceptado esa carga y la munificencia con que la desempeñarían, ¿no vendrán ahora a añorar el peso de una púrpura que día a día se desvanece de sus ornamentos? Porque, ¿qué pueden ofrecer al mundo? Sin duda que seguirán siendo ricos, eficaces, productivos y realistas, sin duda, que por muchos años seguirán a la cabeza de la tecnología y el mundo entero continuará comprando sus máquinas y sus productos y aceptando su dinero. Pero es posible que a partir de ahora quede todo en eso. Una misión universal —un imperialismo para emplear la palabra



¿Y la calle? Hace años mis amigos se mostraron dispuestos a darme un paseo por Harlem, a condición de no descender del coche ni bajar las ventanillas.

execrada— sólo lo ha podido llevar a cabo un pueblo a caballo de una idea más avanzada que la del colonizado. No parece ser el caso de ellos, cuyas ideas no están precisamente en la avanzada de la Humanidad. Para colmo se ha acabado el «burlesk»; aquella gigantesca tejana con botas blancas claveteadas y sombrero Stetson que entre alaridos, silbidos, gritos de entusiasmo y movimientos de masas hacia la primera fila de butacas hacía gi-

rar las hélices con que adornaban sus pezones ha dejado paso a esa jovencilla desnuda—no «cover»— que, sin demasiada afición, baila delante de un trío eléctrico, y el «convention man» con puro, sombrero, tirantes y los faldones de la camisa colgando sobre las rodillas que salía de debajo de una cama para expresar su disgusto con voces que más parecían crujidos de gabarras y era recibido con tanto reconocimiento por la clientela, parece

## BABILONIA REVISITADA

para siempre sepultado bajo el lecho repleto de almohadones de esa otra joven que mimetiza el acto sexual y a los acordes de una melodía de suspiros llega al paroxismo ante una grave, silenciosa, inmóvil y suspensa audiencia que fuma y bebe sin apartar la mirada de un espectáculo bastante menos jocoso que el de un tigre devorando a un mártir. Hay ciertas liberaciones—nos declamamos— que son poco más que una traslación de la barrera y la mayor parte de las desmitificaciones no aportan un ápice de alegría.

Ya no es el feminismo la avanzada de la América progresista; lo es —o lo ha sido el pasado año— el «gay movement». Parece ser que cada mes un reverendo se sube al púlpito para, delante de su grey, declararse homosexual. A continuación, el colegio eclesiástico lo expulsa del rebaño, y el reverendo, con ciertas ayudas, se demuestra al cabo de pocos meses capaz de fundar su propia iglesia, donde, al menos una vez por semana, une en

matrimonio a dos homosexuales. Los prometidos acuden a la boda en traje de ceremonia y nada es mejor recibido que la fotografía del acto, ambos vestidos de frac, cortando bajo la augusta y aprobatoria mirada del reverendo un pastel de boda coronado por dos muñequitos del mismo sexo.

Yo creo que América ya no rige su mundo, ya no lo regirá jamás. Probablemente la época de las hegemonías ha terminado para siempre. Pero los imperios terminaron con hechos físicos—en cuanto aquella idea avanzada envejeció y se convirtió en retrógrada, lo mismo en Roma que en España que en Inglaterra—, mientras que la «pax americana» se ha esfumado como el verano de las viudas, tal vez porque estaba tan sólo alimentada por unas ideas semejantes a las de un reverendo ansioso de redimir a sus semejantes de una opresión siempre que acudan al templo convenientemente vestidos. «Something rots in the States...»

■ J. B.

Siempre será posible reanudar la conversación en el mismo o parecido «speakeasy» del Village, una charla sobre la generación rota o la nueva izquierda.

